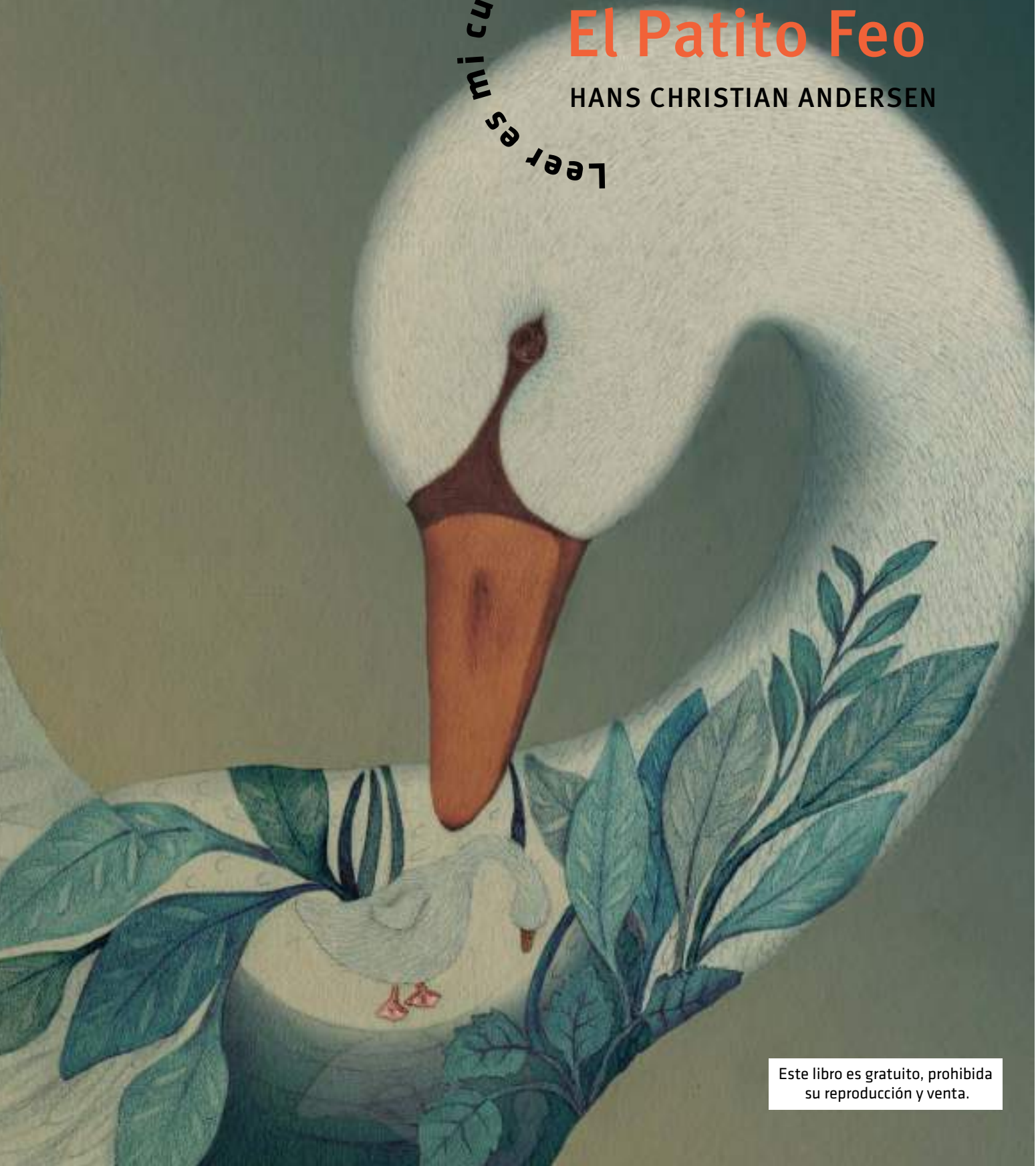


Leer es mi cuento 15

El Patito Feo

HANS CHRISTIAN ANDERSEN



Este libro es gratuito, prohibida
su reproducción y venta.



Leé
es
mi
cuento
15

El Patito Feo

HANS CHRISTIAN ANDERSEN





Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Gina Parody d'Echeona

Ministra de Educación

• • •

AUTOR

Hans Christian Andersen

Traductor

Juan Fernando Merino

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

Ilustradora

Daniela Gallego

Comité editorial

Consuelo Gaitán

Iván Hernández

Jorge Orlando Melo

Moisés Melo

José Zuleta

Primera edición, 2016

ISBN: 978-958-8959-07-8

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co

Impreso en abril de 2016

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia



El patito feo

Hans Christian Andersen



¡Estaba tan hermoso el campo!

Era verano, el trigo estaba dorado, la avena verde y el heno apilado en haces en las verdes praderas. Sobre sus largas patas rojas se paseaba una cigüeña parloteando en egipcio, que era el idioma que su madre le había enseñado. Más allá de los sembrados y de las praderas se extendían grandes bosques, en medio de los cuales se encontraban lagos profundos y ocultos. Sí, ¡el campo estaba tan hermoso!

En medio de aquel paisaje y bañada por el sol se alzaba una vieja mansión rodeada de un foso. Desde sus muros hasta el borde del agua crecían unas plantas de bardana de hojas enormes, algunas tan altas que un niño pequeño podría pararse debajo de ellas. En este paraje tan agreste como el mismo bosque, la señora pata estaba sentada sobre su nido. Se sentía un poco impaciente, pues empollar huevos es un oficio muy aburrido y casi nadie venía a visitarla. Los otros patos preferían pasar el tiempo nadando en el foso que recorrer esa distancia contoneándose para instalarse bajo las hojas de bardana a chismosear con ella.



Hasta que al fin comenzaron a abrir los huevos, uno tras otro. “¡Pip, pip!”, decían los patitos recién nacidos, asomando la cabeza del cascarón.

—¡Cuac, cuac! —les decía la señora pata, y todos los patitos se apresuraban cuanto podían para echarle un vistazo al verde mundo que se extendía bajo las hojas. La mamá los dejaba mirar todo lo que quisieran, ya que el verde es bueno para los ojos.

—¡Qué grande es el mundo! —exclamaban los patitos, pues ciertamente disponían de mucho más espacio ahora que el que tenían dentro del huevo.



—¿Ustedes creen que esto es el mundo entero? —preguntó la mamá pata—. ¡Claro que no! Han de saber que el mundo se extiende más allá del otro lado del jardín y se adentra en la finca del párroco, aunque yo nunca he llegado tan lejos. Vamos a ver, espero que ya estén todos afuera —dijo, levantándose del nido—. No, ¡qué va! ¡Si falta el huevo más grande de todos! ¿Pero cuánto tiempo se va a demorar? Ya estoy un poco harta de todo esto.

Enseguida volvió a sentarse en el nido.

—¡Bueno, bueno! ¿Cómo va eso? —le preguntó una pata vieja que venía a hacerle visita.

—Este huevo está tan demorado —dijo la mamá pata sin moverse del nido—. No hay forma de que rompa, pero fíjate en los otros. Son los patitos más lindos que he visto en la vida. Idénticos al padre, ¡el muy bandido! No ha venido a visitarme una sola vez.

—Vamos a echarle un vistazo a ese huevo que no quiere reventar —dijo la anciana pata—. No me extrañaría nada que fuera un huevo de pava. En una ocasión también fui engañada con unos huevos de esos, ¡y no te imaginas el trabajo que me dio criar aquellos pavitos! Porque déjame advertirte que le tienen miedo al agua. No había forma de que se metieran. Yo les graznaba y les daba picotazos pero no servía absolutamente de nada. Déjame mirarlo... Sí, desde luego que es un huevo de pavo. De modo que puedes dejarlo un buen rato donde está mientras enseñas a las otras crías a nadar.



—No, gracias; creo que me voy a quedar aquí un rato más. Ya he estado tanto tiempo aquí sentada que me da igual esperar medio verano.

—Como quieras —dijo la pata vieja, y se alejó contoneándose. Hasta que por fin el huevo se abrió. “Pip”, dijo el recién nacido y se dejó caer del cascarón. ¡Pero era tan grande y tan feo!

Mamá pata lo examinó.

—Es un patito horrorosamente grande —dijo—. No se parece en absoluto a los otros. ¿Será verdad que es un crío de pavo? Pues bien... Muy pronto lo averiguaremos. Porque al agua va a ir a dar aunque lo tenga que arrastrar de las patas.

Al día siguiente amaneció haciendo un clima espléndido, y el sol resplandecía sobre las verdes hojas de bardana. Mamá pata guió a su nueva familia hasta el foso. ¡Plaf!, se tiró al agua. “Cua, cua, cua”, les dijo, y un patito tras otro se fueron lanzando. El agua les cubrió la cabeza enseguida, pero al instante resurgían y flotaban a la perfección. Las piernas les funcionaban automáticamente y allí estaban todos nadando. Todos, porque hasta el patito grande, gris y feo, venía con ellos.



—Véanlo, por supuesto que no es un pavo —dijo la mamá pata—. Hay que ver lo bien que usa las patas y qué derecho se mantiene. Es hijo mío como el que más, y muy bonito si se le mira a fondo, como debe ser. Cua, cua, cua, vengan conmigo. Los voy a llevar allá afuera al mundo y los voy a presentar en el corral de patos. Pero no se aparten de mí para que no los vayan a pisar. ¡Y mucho cuidado con el gato!

Se encaminaron en fila hacia el corral, donde en ese momento había un gran alboroto porque dos familias de patos estaban peleando por una cabeza de anguila. Al final de cuentas se la llevó el gato.

—Ya ven, así funciona el mundo —les dijo a sus pequeños, mientras se relamía el pico, pues a ella también le habría gustado quedarse con la cabeza de anguila—. Caminen de prisa, no pierdan el ritmo y asegúrense de hacerle una bonita reverencia a esa vieja pata que está allá. Es la más distinguida de todos nosotros y tiene sangre española. Por eso está tan gorda. ¿Ven la cinta roja que tiene alrededor de la pierna? Eso es algo maravilloso, y la mayor distinción que puede recibir un pato. Indica que no se quieren deshacer de ella, y que merece atención especial de parte de hombres y animales. ¡Sacúdanse las plumas! Los dedos hacia afuera, como si fueran patitos bien educados. ¡Eso es! Igual que papá y mamá. ¿Listos? Ahora inclinen el pescuezo y digan “¡cua!”

Hicieron como les ordenaba la mamá, pero los patos a su alrededor los miraban con desdén y decían en voz alta:

—¡Miren eso! De modo que ella también quería tener su nidada, como si ya no fuéramos suficientes...

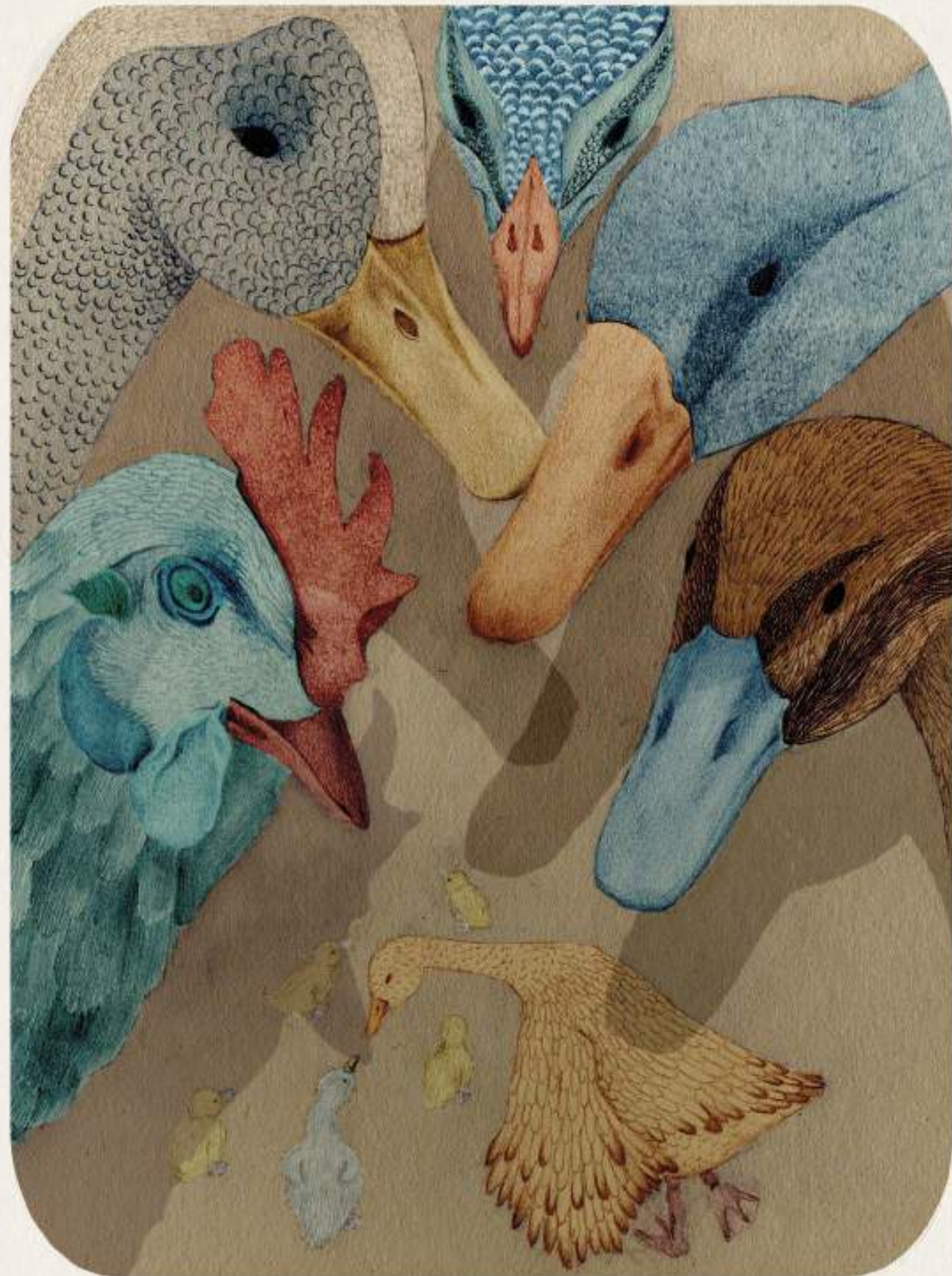
¡Pero uf! Miren qué patito más feo es aquel. A ese no lo vamos a tolerar aquí.

Un pato se acercó corriendo y le dio un picotazo en el pescuezo.

—Déjenlo en paz —dijo la madre—. No le está haciendo mal a nadie.

—Puede que no —dijo el pato que lo había picoteado—, pero es demasiado grande y demasiado extraño, y se merece una buena paliza.

—¡Qué nidada más bonita has tenido, muchacha! —le dijo la pata anciana, la de la cinta alrededor de la pierna. Todos quedaron muy lindos excepto aquel. No quedó tan bien hecho. Una lástima que no puedas empollarlo de nuevo.





—Eso va a ser imposible, su excelencia —le dijo la mamá pata—. No salió tan apuesto, pero es bueno como el mejor, y nada tan bien como el resto, o, si puedo decirlo, incluso un poco mejor que los otros. Espero que con el tiempo mejore su apariencia, y después de unos días ya no va a parecer tan grande. Sabe, tardó mucho en salir del huevo, y es por eso que su cuerpo no es como debería ser.

Le acarició el cuello con el pico y le alisó las plumas, mientras decía:

—Además es un varón, de modo que no es algo tan importante. Pienso que va a ser un pato bastante fuerte, y estoy segura de que va a llegar a ser alguien en la vida.

—Los otros patitos de la nidada compensan su fealdad —dijo la pata anciana—. Ahora siéntanse como en casa y si de casualidad encuentran una cabeza de anguila no vacilen en traérmela.

De modo que la familia se sintió muy bienvenida. Pero el pobre patito que había sido el último en salir del huevo y que tenía un aspecto tan feo, no recibió más que picotazos, empujones y burlas, tanto de los patos como de las gallinas. “Es demasiado grande”, decían. El pavo, que se consideraba un emperador porque había nacido con las espuelas puestas, se infló como un barco a toda vela y se le fue encima cacareando y cacareando hasta que toda la cara se le puso roja. El pobre patito no sabía dónde meterse ni dónde caminar. Estaba muy triste por ser tan desesperadamente feo y porque era el hazmerreir de todo el corral.

Así transcurrió el primer día. Y después las cosas fueron de mal en peor. Al pobre patito lo perseguían y lo acosaban todos. Hasta sus hermanos y hermanas lo atacaban. “Oye, feucho”, le decían, “¡cómo nos gustaría que te agarrara el gallo!”. Y su madre le dijo: “Sería mejor que estuvieras a muchos kilómetros de aquí”. Los patos lo pellizcaban, las gallinas lo picoteaban, y una mañana la muchacha que les traía la comida a las aves le dio un puntapié.

Hasta que no aguantó más y se saltó la cerca para escapar. Los pajaritos en los arbustos salieron huyendo despavoridos. “Eso es porque soy tan feo”, pensó, cerrando los ojos. Pero de todos modos siguió avanzando hasta que llegó a un pantano en el que vivían gansos silvestres. Allí se quedó la noche entera, exhausto y descorazonado.

Cuando llegó la mañana, los gansos silvestres alzaron vuelo para ver quién era el nuevo vecino en el pantano. “¿Pero qué especie de criatura eres?”, le preguntaron, mientras el patito giraba la nuca en todas direcciones, haciendo reverencias como mejor sabía. “Eres horrorosamente feo”, le dijeron, “pero eso no nos importa, siempre y cuando no se te ocurra casarte con una de la familia”.

¡Pobre patito! Por supuesto que el matrimonio ni siquiera le había pasado por la cabeza. Lo único que quería era que lo dejaran permanecer entre los juncos y de vez en cuando tomar un poco de agua del pantano.

Allí se quedó dos días enteros, hasta que conoció a dos jóvenes gansos. No llevaban mucho tiempo fuera del cascarón y por eso eran tan insolentes.

—Vamos a ver, camarada —le dijeron—; eres tan feo que nos has caído en gracia. Ven con nosotros y juguemos a ser aves de paso. En otro pantano que no queda muy lejos de aquí hay unas gansitas jóvenes y solteras, que saben graznar estupendamente. Eres tan feo que con seguridad vas a llamar la atención de todas.





En ese momento resonaron un par de disparos, ¡bang, bang!, y los dos jóvenes gansos cayeron muertos entre los juncos. El agua se tiñó de rojo con su sangre. ¡Bang, bang!, sonó de nuevo y mientras bandadas enteras de gansos silvestres salían huyendo de los juncos, resonó otra descarga de disparos. Se trataba de una gran cacería. Los cazadores estaban ocultos al rededor del pantano, y algunos incluso estaban sobre las ramas de los árboles de la orilla. Nubes de humo azul surgían de entre los árboles y se iban flotando sobre la superficie del agua.

Llegaron los perros de caza chapaleando entre el agua, y, a su avance se iban doblando por todas partes las ramas de los juncos. Esto le produjo tal pavor al pobre patito que giró el pescuezo como si fuera a esconder la cabeza entre las alas. Pero en ese preciso momento apareció a su lado un perro espantosamente grande. La lengua le colgaba fuera de la boca y sus siniestros ojos lanzaban un resplandor temible. Abrió su enorme mandíbula, enseñó sus afilados dientes, y de pronto... ¡plaf!... ¡siguió su camino sin tocarlo!

—Gracias al cielo —suspiró el patito—. Soy tan feo que ni siquiera el perro se molestó en hincarme el diente.

Se quedó completamente inmóvil mientras que los perdigones repiqueteaban sobre los juncos, y los cazadores disparaban sin descanso. Ya era tarde cuando todo volvió a la calma, e incluso ahora el pobre patito no se atrevía a moverse. Esperó varias horas antes de atreverse a asomar la cabeza, y enseguida escapó del pantano tan velozmente como fue capaz. Pasó corriendo por campos y praderas. El viento era tan fuerte que al patito le costaba un gran esfuerzo mantenerse sobre sus patas.

Ya avanzada la noche llegó a una pequeña y miserable choza, tan destartada que no sabía de cual lado caerse, única razón por la que se mantenía en pie. El viento azotaba al patito con tal fuerza, que tuvo que sentarse sobre su cola para aguantarlo. La tormenta se hacía más y más fuerte, pero en un momento cayó en cuenta de que una de las bisagras estaba suelta y que la puerta estaba tan torcida que le sería fácil colarse por la estrecha abertura. Eso fue justamente lo que hizo.

Allí vivía una anciana con su gato y su gallina. El gato, al que le había dado el nombre de “Hijuelo”, sabía arquear el lomo, ronronear e incluso soltar chispas, aunque para ello había que frotarlo al revés. La gallina tenía un par de patas flacas y cortas, de modo que la llamaban “Gallinita Paticorta”. Ponía buenos huevos y la anciana la quería como si fuera su propia hija.

En la mañana, muy temprano, se dieron cuenta de la presencia del extraño pato. El gato comenzó a ronronear y la gallina a cacarear.

—¿Pero qué demonios pasa? —preguntó la anciana buscando a su alrededor. No andaba muy bien de la vista, así que se creyó que el patito feo era una pata regordeta que se le había perdido—. ¡Qué suerte! —dijo—. Ahora vamos a tener huevos de pata... a menos que sea macho. Hay que darle unos días de prueba.

De manera que el patito estuvo de prueba tres semanas, pero no puso ni un solo huevo.

Resulta que en esta casucha el gato era el amo y señor y la gallina el ama. Decían siempre, “nosotros y el mundo”, pues se consideraban la mitad del mundo, y por cierto la mitad mejor. Al patito le pareció que podría haber otras maneras de ver las cosas, pero la gallina no quería ni oír hablar de aquello.

—¿Puedes poner huevos? —le preguntó.

—No.

—Entonces mejor harías en cerrar el pico.



El gato le preguntó:

—¿Puedes arquear el lomo, ronronear, o echar chispas?

—No.

—En ese caso guárdate tus opiniones para ti misma cuando están hablando individuos sensatos.

El patito se sentó en un rincón, sintiéndose de lo más abatido. Pero después de un momento le volvió el recuerdo del aire fresco y la luz del sol. Se sintió poseído por un deseo tal de nadar que no pudo aguantarse las ganas de hablarle de ello a la gallina.



—¿Qué diablos se te ha metido en la cabeza? —exclamó ella—. No tienes absolutamente nada qué hacer y es por eso que se te ocurren tales tonterías... A ver, intenta poner un huevo, o aprende a ronronear, y verás que se te pasa.

—Pero es tan refrescante flotar en el agua —dijo el patito—; y tan refrescante sentir todo el peso del agua sobre tu cabeza cuando buceas hacia el fondo.

—Sí, debe ser un gran placer —dijo la gallina burlonamente—. Me parece que has perdido la cabeza. Pregúntale al gato, que es el tipo más listo que conozco, si a él le gusta nadar o zambullirse en el agua. De mí no voy a decir nada. Pero pregúntale a la anciana, nuestra dueña. No hay una persona en la tierra más sabia que ella. ¿Te imaginas que ella va a querer ir a nadar para sentir todo el peso del agua sobre su cabeza cuando bucea hacia el fondo?

—Ustedes no me comprenden —dijo el patito.

—Bueno, pues si nosotros no te comprendemos, ¿entonces quién? No estarás pensando que eres más listo que el gato y la anciana... para no mencionarme a mí misma. No seas tan vanidoso, muchacho. Lo que deberías es darle gracias a tu Creador por la amabilidad que te hemos demostrado. ¿Acaso no viniste a dar en este cuarto cómodo? ¿Acaso no has encontrado en este sitio quienes te dicen cómo son las cosas? Y eres tan papanatas que no es ningún placer estar en compañía tuya. Créeme que te estoy diciendo esto solo por tu propio bien. Digo verdades incómodas, pero esa es la única manera en que puedes saber quiénes son tus amigos. Ahora haz el favor de poner un par de huevos. Y asegúrate de aprender a ronronear o a echar chispas.

—Creo que mejor me voy a conocer el amplio mundo —dijo el patito.

—Como quieras —dijo la gallina.

Y así fue como el patito se marchó. Nadó y se zambulló; pero lo seguían despreciando todas las criaturas vivientes por su fealdad.

Llegó el otoño. Las hojas en el bosque se tornaron amarillas y castañas. El viento las arrancó y las puso a girar en remolinos. Los cielos parecían helados, con nubes bajas cargadas de nieve y granizo. Parado sobre una cerca el cuervo graznaba “¡cau, cau!”, y temblaba de frío. Solo de pensar en ello daba escalofrío. Hay que compadecerse del pobre patito.

Una tarde, mientras el sol se ponía en un espléndido crepúsculo, una bandada de grandes y hermosas aves surgió de entre los arbustos. El patito no había visto nunca unas aves tan bellas. Eran de una blancura deslumbrante, y tenían cuellos largos y elegantes. Eran cisnes. Emitían un grito muy particular al desplegar sus magníficas alas, y alzaron vuelo para alejarse de aquellas tierras frías hacia regiones más cálidas y aguas abiertas. Se remontaron tan alto, que el patito feo sintió que se apoderaba de él una extraña inquietud mientras los miraba. Comenzó a dar vueltas y vueltas en el agua como una rueda, estirando el cuello en la dirección que seguían, y soltó un grito tan agudo que él mismo se asustó al oírlo. Ah, ¡jamás podría olvidar aquellas aves espléndidas y felices! Cuando las perdió de vista, se sumergió hasta el fondo, y cuando regresó a la superficie se sentía fuera de sí. No tenía idea qué aves eran aquellas, ni adónde se dirigían, y, sin embargo, sentía una atracción por ellas mayor que todo lo que había conocido hasta entonces. No era que las envidiara, porque, ¿cómo se atrevería siquiera a soñar en alcanzar aquel esplendor? Se habría dado por satisfecho tan solo con que los patos lo tolerasen, ¡a él, pobre y fea criatura!





¡El invierno se hizo aún más frío! Tan frío que el patito se veía forzado a nadar aquí y allá todo el tiempo para impedir que el agua se congelara en torno suyo. Pero cada noche el hueco en el que nadaba se hacía más y más pequeño. Vino luego una helada tan fuerte, que el patito tuvo que mover las piernas todo el tiempo para que el agua no se cerrara del todo. Hasta que al fin, demasiado débil para moverse, se quedó quieto y comenzó a congelarse rápidamente.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó un granjero y cuando vio cómo estaban las cosas rompió el hielo con uno de sus zuecos de madera, y recogió al patito para llevárselo a casa a su mujer. Allá revivió el patito, pero cuando los niños vinieron a jugar con él, pensó que querían hacerle daño. Aterrorizado, fue a meterse revoloteando en la paila de la leche, haciendo que se derramara por todo el cuarto. La mujer gritó y dio unas palmadas en el aire, y él, más asustado, se metió en el barril de la mantequilla, y desde

allí en el barril de la harina. ¡Hay que imaginarse la pinta que tenía cuando salió! La mujer soltaba alaridos y quería pegarle con la escoba, los niños tropezaban unos con otros tratando de agarrarlo, mientras reían y gritaban. Por fortuna la puerta estaba abierta, y el patito se escapó hacia los arbustos, y allí se extendió sobre la nieve recién caída, como atolondrado.

Pero sería demasiado triste contar todas las miserias y dificultades que el patito tuvo que aguantar durante aquel cruel invierno. Cuando volvió a brillar el cálido sol, el patito seguía vivo entre los juncos del pantano. Las alondras comenzaron a cantar de nuevo. Era la hermosa primavera.





Entonces, muy de repente, probó sus alas. Surcaban el aire con mucha más fuerza que antes, y pronto lo llevaron lejos. Antes de que supiera bien lo que estaba ocurriendo, se encontró en un gran jardín con manzanos en flor. Las lilas llenaban el aire con su fragancia y colgaban de verdes ramas que se inclinaban sobre un sinuoso arroyo. ¡Ah, qué encantador era estar allí, en la frescura de la primavera!

En eso, surgieron de la espesura frente a él tres hermosos cisnes blancos, rizando sus plumas y nadando con suavidad en el arroyo. El patito feo reconoció a aquellas nobles criaturas que una vez había visto levantar el vuelo, y lo invadió un extraño sentimiento de tristeza.

—¡Volaré cerca de aquellas regias aves! —se dijo—. Me darán picotazos sin tregua por haberme atrevido a acercarme a ellas con lo feo que soy. Pero no me importa. Mejor es que ellas me maten a picotazos, que sufrir los pellizcos de los patos, los mordiscos de las gallinas, los puntapiés de la muchacha que alimenta las aves y las miserias del invierno.



Así que voló hasta el agua y nadó hacia los hermosos cisnes. Lo vieron y se le acercaron con las plumas en alto. “¡Mátenme, mátenme!”, dijo la desdichada criatura, inclinando la cabeza hacia el agua para esperar la muerte. Pero, ¿qué vio allí reflejado en el límpido arroyo? ¡Era un reflejo de sí mismo, pero ya no era la imagen de un pájaro sucio, torpe, gris y repugnante! ¡Era un cisne! Poco importa que se nazca en un corral de patos, si procedes de un huevo de cisne.

Ahora se alegraba mucho de haber pasado tantos trabajos y desgracias, pues tenía mucho mayor entendimiento de su propia buena fortuna y de la belleza cuando la tenía enfrente. Los tres enormes cisnes nadaban a su alrededor y lo acariciaban con sus picos.



Unos niños entraron en el jardín y empezaron a lanzar al agua pedazos de pan y semillas. El más pequeño exclamó: “¡Aquí hay un nuevo cisne!”, y los demás se regocijaron. “Sí, ha llegado un nuevo cisne”, decían, aplaudiendo y bailando. Luego fueron a traer al padre y a la madre.

Y mientras les lanzaban pan y pedazos de papel, todos estaban de acuerdo: “¡Sí, el nuevo es el más hermoso! ¡Es tan joven y tan apuesto!” Esto lo llenó de timidez, y entonces escondió la cabeza bajo el ala. No entendía nada de lo que estaba pasando. Estaba muy feliz, pero no sentía ni pizca de orgullo, pues en los corazones bondadosos no tiene cabida el orgullo. Recordó los desprecios y humillaciones del pasado, y ahora escuchaba cómo todos decían que era el más hermoso de todas aquellas aves hermosas. A su paso las lilas inclinaban sus ramas hasta el arroyo, y los rayos del sol eran cálidos y reconfortantes. Rizó entonces sus alas, elevó el esbelto cuello, y exclamó desde lo más hondo de su corazón: “Cuando era el patito feo nunca soñé que pudiera existir tanta felicidad”.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO



Leer es mi cuento 1

De viva voz

Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare

(versión de Charles y Mary Lamb).

Usted puede leer los libros

digitales de esta serie en:

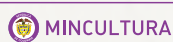
www.maguare.gov.co/leeresmicuento



El Patito Feo, cuento clásico de uno de los grandes escritores de cuentos de hadas, Hans Christian Andersen, ha sido desde hace muchos años leído con emoción por lectores de todas las edades. *El Patito Feo* nos recuerda la necesidad de ser tolerantes, de aceptar a quienes piensan diferente, pertenecen a otra raza, cultura o religión; la necesidad de respetar a todos aquellos que como nosotros viven en este mundo, ya que la única posibilidad de que la sociedad progrese reside en la tolerancia.

Gina Parody d'Echeona
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA



ISBN 9789588959078



9 789588 959078